

EL PODER DE SANAR DEL EVANGELIO

NO. 720

ESTE SERMÓN FUE PREDICADO EL DOMINGO 11 DE NOVIEMBRE DE 1866
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO , NEWINGTON.

“Y aconteció en uno de esos días que Jesús estaba enseñando, y estaban sentados allí unos fariseos y maestros de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén. El poder del Señor estaba con él para sanar.”
Lucas 5:17

Lucas, el escritor de este evangelio, era médico, y por lo tanto tenía un ojo clínico para los casos de enfermedades e instancias de curaciones; se puede percibir a lo largo de todo su evangelio, la mano de un hábil cirujano y un médico competente. De todo esto deduzco que independientemente de cuál sea nuestra ocupación y de cuál sea el arte o la ciencia en la que podamos haber destacado, debemos preocuparnos por usar todo ese conocimiento para Cristo. Si tenemos un llamado siendo médicos, podemos entender la obra del Señor Jesús de una manera más clara a través de lo que observamos en nuestra profesión, y también podemos hacer mucho por nuestro Señor siendo de verdadera utilidad sustancial entre nuestros pacientes.

Que ningún hombre desprecie su llamado. Independientemente de qué instrumento de utilidad Dios ha puesto en tus manos, considera que el Gran Capitán sabía qué armas te convenía usar. No ambiciones ni la espada ni la lanza de tu vecino, sino que usa lo que el Señor te ha dado y marcha a la batalla de la vida para servirle de acuerdo a tu capacidad. Si estás ubicado en este rincón de la viña o en aquel, considera que estás en el mejor lugar para ti y en el mejor lugar para tu Señor. Y no estés siempre juzgando lo que tus colegas siervos deberían hacer donde están, ni lo que tú podrías hacer si estuvieras en otro lugar, sino ve más bien qué es lo que puedes hacer donde estás y usa las cosas que tienes para dar gloria a tu Dios y Señor.

Es agradable observar en el lenguaje de un hombre verdadero, cómo se revela la personalidad de ese hombre. David frecuentemente canta como alguien que ha sido pastor en la adolescencia, y a pesar de ser un rey no se avergüenza de admitir que alguna vez se apoyó en su cayado de pastor. Hay una manifiesta diferencia entre las profecías de Amós, el pastor, y las de Isaías, el visionario real. Los verdaderos hombres no andan imitándose unos a otros, sino que cada uno, movido por Dios, habla de acuerdo a su inclinación natural y de conformidad a las circunstancias en las que la Providencia le ha colocado. Fue muy destructivo para el arte egipcio cuando los grandes hombres de esa tierra establecieron leyes para el gusto, y regulaciones para la escultura y para la pintura a las que cada artista debía apegarse, ya que en ese momento se puso en retirada cualquier cosa parecida a la

frescura y a la originalidad. Las proporciones de cada estatua colosal y de cada figura sobre la pared fueron fijadas con rigidez, y entonces la gloria y la excelencia del arte se desvanecieron de esa tierra.

Hacer eso mismo en materia de religión es aún más imprudente. ¡Decir: “Todos ustedes deben hablar de una determinada manera, y todos ustedes deben conformarse a esta manera de hablar y de vivir,” es la tontería máxima! Que cada quien hable como quiera, cada quien a su manera, cada alma regenerada mostrando su propia individualidad y buscando en esa individualidad engrandecer a Dios y mostrar las riquezas de Su Divina Gracia. Estos comentarios han sido sugeridos por las abundantes referencias de curaciones que hay en este capítulo y en otros capítulos del Evangelio de Lucas. Lucas no escribe como Juan, ni copia el estilo de Mateo. No escribe ni como un pescador ni como un publicano, sino como *un médico*.

Lucas nunca dejó de ser Lucas cuando fue llamado por la Gracia Divina. Era el mismo hombre pero elevado y refinado, y se le había enseñado a consagrar a los más nobles fines, los dones que había adquirido en su ocupación terrenal. Había sido un médico antes, y se convirtió en “el médico amado” después de su conversión.

I. En primer lugar, el texto sugiere cuando lo leemos, que EL PODER DE CRISTO EN EL EVANGELIO ES PRINCIPALMENTE UN PODER DE SANAR. “El poder del Señor estaba con él para sanar.” El poder del Evangelio, del cual Cristo es la Suma y la Sustancia, es un poder *de sanar*. Hermanos míos, cuando Cristo vino a la tierra pudo haber venido con poder *de destruir*. Con toda justicia Dios pudo haber enviado a su Hijo Unigénito con los ejércitos de la venganza para destruir a este mundo rebelde. Pero—

*“Tus manos, amado Jesús, no estaban armadas
Con la vara de la venganza.
Ni traías la dura encomienda
De manifestar la venganza de Dios.
Sino todo fue misericordia, todo fue benignidad
Y la ira abandonó el trono
Cuando vino Cristo con su misión de bondad,
Trayendo del cielo la salvación.”*

Él dijo: “El Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas.” Elías pide que llueva fuego del Cielo sobre los capitanes de cincuenta y sus cincuenta hombres, para que sean totalmente consumidos. Pero Cristo trae fuego del Cielo para un propósito muy diferente, es decir, que por su poder los hombres pueden ser salvos de la ira venidera. El Evangelio no está destinado a ser un poder que destruye. “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” Y si ese Evangelio es hecho olor de muerte para muerte a los unos, no es debido a sus propias cualidades intrínsecas ni a su objetivo sino a la perversidad y a la corrupción del corazón humano.

Si los hombres perecen por el Evangelio de Vida, es porque convierten en piedra de tropiezo lo que estaba destinado a ser el cimiento. El Evangelio no sólo viene al mundo para revelar la enfermedad. Es cierto que efectivamente descubre, detecta y describe las enfermedades del hombre caído. Una de las más claras exposiciones de la situación caída del hombre es el Evangelio de la Gracia de Dios. Pero es más bien la intención de la Ley y no del Evangelio, presentar al hombre su ruina. Es bajo el resplandor del rayo del Sinaí que los hombres, temblando, leen la sentencia de

condenación sobre aquellos que han quebrantado la Ley de Dios. Bajo la luz más tenue del Calvario pueden leer la misma Verdad de Dios, y *deben* leerla, pero este *no es* el propósito principal del Calvario.

El Calvario es el lugar más bien para el bálsamo que sana, que para la lanza y el cuchillo. El trabajo de Jesús, nuestro Médico celestial, no es tanto diagnosticar la enfermedad sino recetar y aplicar el remedio. Ciertos filósofos han asumido el trabajo y se gozan en ello, con sarcásticas sonrisas sombrías en sus rostros, de señalar con sus dedos y puntualizar la corrupción y la debilidad humanas como un tema digno del ridículo y del sarcasmo. La filosofía de los estoicos, la sabiduría de tales hombres como Diógenes, no fue sino una demostración inmisericorde y sin corazón de la insensatez humana y del pecado.

Su filosofía no conocía ningún remedio y no se preocupaba por buscar uno. Esos filósofos le mostraban a la pobre humanidad que estaba embrutecida, engañada, degradada y depravada. Y la dejaban en esa condición, pasando de lado como el sacerdote y el Levita hicieron con el hombre herido de la parábola. Pero Jesús no venía con una misión infructuosa como esa. Él condena al mundo por el pecado por medio de Su Espíritu, pero no es para dejar al mundo en un estado de desesperación y sin esperanza de restauración, ¡sino para *recuperarlo* por Su poder! ¡Jesús tiene poder para sanar! Este es Su honor y Su renombre. ¡Tiene ojo de águila para ver nuestras enfermedades, corazón de león para enfrentarlas valientemente, y la mano de una dama para aplicar con suavidad el unguento celestial! En Él se reúnen en perfección los tres ingredientes de un buen cirujano.

Amados, confío en que tanto ustedes como yo hemos conocido este poder de sanar en nuestros propios casos, y si es así, sabemos con toda certeza que es un poder *Divino* el que viene de nuestro Señor Jesús, porque Él es ciertamente Dios. Es solamente prerrogativa de Dios curar las enfermedades espirituales. La enfermedad natural puede ser instrumentalmente curada por los hombres, pero aun así, debe darse el honor a Dios que da el poder a la medicina, y también da el poder al cuerpo humano para arrojar fuera la enfermedad. Pero en cuanto a las enfermedades *espirituales*, estas tienen que ser tratadas únicamente por el gran Médico. Él reclama esto como su prerrogativa: “Yo hago morir y hago vivir; yo hiero y también sano.” Y uno de los nombres selectos del Señor es Jehovah Rapha, El Señor que te sana. “Y curaré tus heridas,” es una promesa que no podía salir de los labios de *un hombre*; sólo de la boca del *Dios* eterno.

Por esta razón es que el Salmista clamó al Señor: “Sáname, oh Jehovah, porque mis huesos están abatidos.” Y también: “Sana mi alma, porque contra ti he pecado.” También por esta razón, los piadosos alaban el nombre del Señor, diciendo: “Él sana todas nuestras enfermedades.” Él que *hizo* puede *sanar* al hombre. El que al principio fue el creador de nuestra naturaleza, puede crearla de nuevo. ¡Qué consuelo tan trascendente es que en la Persona de Jesucristo de Nazaret, tengamos a Dios Encarnado! “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.” ¡Alma mía, no importa cuál sea tu enfermedad, este gran Médico puede curarte! ¡Si Él es Dios, Su infinito poder no conoce ningún límite! ¡Si Él es realmente Divino, no pueden haber fronteras para la majestad de Su poder!

Entonces ven con la ceguera de tu entendimiento. Acércate con la cojera de tu energía. Ven con la mano lisiada de tu fe. ¡Ven tal como eres, porque Él, que es Dios, ciertamente puede sanarte!

Nadie le dirá a la inundación de Su amor que sana: “Hasta aquí puedes llegar pero no más allá.” ¡La enfermedad humana más lejana puede ser alcanzada por este gran Médico! ¡Ten confianza tú, pobre corazón que dudas! ¡Ten una confianza incommovible en el Divino Sanador!

Aunque nuestro Señor Jesús sanaba como Dios, recuerda que Él también poseía poder para sanar por causa de su naturaleza *humana*. ¿No está escrito: “El castigo que nos trajo paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos nosotros sanados”? Él no usó ningún otro remedio para sanar nuestra enfermedad de pecado, sino el de cargar Él mismo con nuestras enfermedades y dolencias.

Este es el gran remedio para todos los males. ¡Bendito sea el Hijo de Dios porque esa medicina tan amarga, no es para que la bebamos *nosotros*, sino que Él se la tomó toda! Él tomó la terrible copa en Getsemaní y la bebió completamente por nosotros. Los agudos cortes curativos hechos por la lanza no hieren *nuestros* cuerpos; Él los soportó en su propia carne. Cuando los torturadores abrieron surcos profundos, estos surcos no fueron abiertos sobre los hombros *de los pecadores*, sino sobre los hombros del Sustituto de los pecadores. ¿Alguna vez oíste, oh Tierra, de algún Médico como éste? ¿De alguien cuyos dolores, y pesares, y sufrimientos, y angustias, y tormentos, y aflicción, y muerte constituyen la única medicina por medio de la cual elimina la enfermedad de los hombres? ¡Bendito Hijo de Dios, si yo confío en Ti, viendo que Tú eres Dios, cuánto voy a amarte!

¡Cómo quiero confiar en Ti, viendo que eres humano! ¡Con qué gratitud voy a mirar a Tu Cruz para verte, mientras esas benditas fuentes de salud manan torrentes convertidos en inundaciones de sangre, y mientras Tu corazón, fuente de toda salud espiritual, está vertiendo un eficaz raudal celestial que lava todas sus enfermedades al pecador! ¡Vengan aquí, todos ustedes enfermos de pecado, y miren al glorioso Hijo de Dios, hecho a semejanza de la carne, muriendo sobre la Cruz! ¡Vengan aquí, ustedes que lloran por su pecado, ustedes que están paráliticos y enfermos por la iniquidad! ¡Aquí hay poder, poder presente aún en el Salvador que muere para sanarlos, sin importar cuál sea su enfermedad!

Él sanó a todos los que lo necesitaban mientras residió aquí, y el costoso bálsamo de Su Expiación no ha perdido nada de su poder. El poder que estaba en Cristo para sanar, que salía de Él como Dios y como hombre, se aplicaba de manera preeminente, a quitar la culpa del pecado. Al leer todo este capítulo, uno se detiene con gozo en el versículo veinticuatro: “El Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados.” Aquí tenemos, entonces, una de las artes más poderosas del gran Médico; ¡Él tiene poder para perdonar pecados! Mientras vivió aquí abajo, antes de que el rescate hubiera sido pagado, antes que la sangre hubiese sido literalmente rociada sobre el propiciatorio, ¡Él tenía poder para perdonar pecados! ¿Acaso no tiene poder de hacerlo ahora que ha muerto? ¡Hermanos, qué poder debe residir en Él que ha pagado con fidelidad, hasta el último centavo, las deudas de Su pueblo! ¡Ciertamente Él tiene poder, cuando vemos que ha terminado con la trasgresión y ha acabado con el pecado!

Si tienes alguna duda, ¡míralo levantándose de los muertos! ¡Velo cuando asciende rodeado de esplendor a la diestra de Dios! ¡Escúchalo intercediendo ante el Padre Eterno, señalando a Sus heridas, argumentando los méritos de Su sagrada pasión! ¡Cuánto poder para perdonar hay aquí! “*Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres.*” “A éste, lo ha enaltecido Dios con su diestra como Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de

pecados.” En este mismo instante, pecador, Cristo tiene poder para perdonar, poder para perdonarte *a ti* y a millones como tú. Él ya no tiene que hacer nada más para ganar tu perdón. ¡Ya se ha hecho toda la obra de expiación! Respondiendo a tus lágrimas, Él puede perdonar tus pecados *hoy*, y hacer que tú *experimentes eso!*

El puede soplar en tu alma, en este mismo instante, la paz con Dios que sobrepasa todo entendimiento, que surge de la perfecta remisión de tus múltiples iniquidades. ¿Puedes creer eso? ¡Confío en que crees! ¡Quisiera que experimentes ahora que el poder de sanar que tiene el Evangelio es poder para perdonar pecados! No te demores más tiempo para consultar al Médico de almas. Apresúrate a ir a Él con palabras como estas—

*“¡Jesús! ¡Señor! ¡Escucha mi súplica!
Sálvame, sáname con una palabra.
Sin fuerzas me encuentro a Tus pies
Has oído mi débil queja.”*

Esta no es la única forma del poder sanador que reside sin medida en nuestro glorioso Señor. Él sana *el dolor* del pecado. Está escrito: “Sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas.” Cuando el pecado es realmente manifiesto a la conciencia, se torna muy doloroso. Y es una bendición indecible que la conciencia efectivamente esté en paz. La convicción de pecado es más aguda que un puñal que se clava en el corazón o que una flecha puntiaguda que atraviesa el pecho. Quien se haya dolido alguna vez, sometido a las punzadas de una conciencia que ha despertado, sabe muy bien que no hay dolor corporal que se le pueda comparar. Quebrantado bajo la mano de Dios, un hombre se puede formar alguna idea acerca de las cuáles deben ser las miserias del infierno.

Pero proporcional a ese dolor es el gozo por el alivio que Emanuel nos trae cuando nos aplica un bálsamo mejor que el de Galaad y nos da la infalible medicina del cielo para el alma enferma. Cuando Jesús es recibido con fe, Él quita todo nuestro dolor en un instante. ¡Una promesa aplicada por Su Espíritu, una gota de Su sangre que penetra en la conciencia, y de inmediato hay tanta paz tan honda y profunda que nada se le puede comparar! ¡Lo que el poeta escribió concerniente a la recuperación de una enfermedad corporal, es *doblemente* cierto en relación a la restauración espiritual!—

*“Mira al hombre que se ha revolcado largamente
Sobre la cama de espinas del dolor,
Observa cómo recupera su vigor desgastado,
Y respira y camina nuevamente:
La más pequeña flor del valle,
La más simple nota que acompaña al turbión,
El sol de todos, el aire, los cielos,
Abren para él las puertas del Paraíso.”*

¡Dios les otorgue a todos ustedes que temen Su nombre que el Sol de Justicia se levante con el poder de sanar bajo Sus alas!

Jesús también quita el *poder* del pecado. Mi querido amigo, el pecado puede ser en tu caso tan poderoso como un torbellino que te sacude a su antojo. Te sientes como si fueras hojas secas arrastradas por la tempestad. Apenas si tienes poder para resistir tus pasiones. Tal vez has cedido durante tanto tiempo ante ciertas formas del mal que ahora eres claramente impotente en la contienda contra ellas. ¡Sin embargo, no te desesperes! ¡Cristo con toda certeza te puede liberar! El

endemoniado tenía tal energía del mal dentro de él que rompió las cadenas y las ataduras con las que había sido atado. Se hizo él mismo cortaduras con unas piedras y aullaba durante toda la noche en medio de las tumbas. ¡Pero cuando Jesús se acercó a él muy pronto se le pudo ver vestido y en su pleno juicio, sentado con mansedumbre a los pies del gran Médico!

¡De igual manera ocurrirá contigo, pobre cautivo del mal! ¡No pienses que tienes que *ser* un borracho, o que tu temperamento irascible tenga que controlarte siempre! No concibas que tienes que ser siempre un esclavo de la lujuria, o ser llevado cautivo a voluntad del demonio. ¡Hombre, donde está Cristo, hay esperanza para ti! Y a pesar de que tienes esa enfermedad desde que naciste, una palabra salida de los poderosos labios del Hijo de Dios te puede curar, devolverte la salud! El poder del Evangelio es un poder para sanar al culpable del dolor y de *la influencia* del pecado. Jesucristo vino al mundo para destruir las obras del diablo en todas sus formas. No debe olvidarse que el Señor Jesús puede curarnos de nuestras recaídas. He escuchado que algunos dicen que una recaída es frecuentemente más temida por el médico que la enfermedad inicial, y que hay frecuentemente un período en el proceso de convalecencia cuando el virus de la enfermedad recobra renovadas energías y el médico siente que es en ese momento, y no al principio, cuando se tiene que pelear la *verdadera* batalla.

Hemos conocido a algunos hombres que han profesado la fe, y confiamos que fueron renovados, pero que han ido para atrás y son como el perro que se volvió a su propio vómito, y la puerca lavada que volvió a revolcarse en el cieno. Hemos tenido que lamentarnos de algunos en quienes el cambio parecía muy grande, pero era superficial, y pronto el poder del mal retornó sobre ellos. ¡Pero, lector caído, Jesús puede sanarte de tus caídas! ¡Cuánta misericordia es esa! “Yo los sanaré de su infidelidad. Los amaré generosamente, porque mi furor se habrá apartado de ellos,” ¡Qué importa que seas siete veces más un hijo del infierno de lo que eras antes, sin embargo, aún así, la eterna misericordia que sacó a una legión de demonios de un hombre, hace ya tiempo, puede sacarlos de ti! El poder de sanar de mi Señor es tal que si has recaído hasta el fondo, aún así Él te dice: “¡Regresa! ¡Regresa! ¡Regresa!”

Habrà mayor gozo por *ti*, pobre oveja perdida, que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Él se gozará más de recibirte, hijo pródigo errante, que el gozo que tiene por el hijo que siempre permaneció en la casa de su padre. Resumiendo, mi Señor, como un Médico, cura de manera súbita. ¡Él solamente toca y la salud se recupera de inmediato! Él realiza curaciones de todo tipo. Aquellas enfermedades que han servido de piedra de tropiezo para otros médicos han sido rápidamente curadas por Él. Él nunca falla. No tiene en Su diario registrado ningún caso que haya superado Su poder omnipotente. Él sana con efectividad; la enfermedad no puede reinar ya más, una vez que ha sido destronada por Él. Cuando lanza al demonio fuera de un hombre, ese demonio no regresará nunca.

¡Él sana con Su palabra aun a los que piensan que no pueden ser sanados! En relación a las almas, no hay ningún hospital para enfermos incurables, pues no hay nadie incurable. El Amigo de los pecadores “también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios.” Casos de enfermedades tan terribles que los hombres dicen: “Apártenlos de nuestra vista.” ¡Vicios tan detestables que su simple mención hace enrojecer la mejilla de la modestia! ¡Casos como estos la

mano maestra de Emanuel puede sanar! Para Dios no hay imposibles, y para el Hijo de Dios no hay nada difícil! ¡Él puede salvar al peor de todos los pecadores, y al más vil de los hombres! En el grado más alto que se pueda concebir, el poder del Evangelio es poder de sanar. ¡Ven, pobre pecador, y míralo a Él que puede sanar tus heridas mortales! ¡Ven y míralo a Él y vive!—

*“Levanta hacia la Cruz tus ojos llorosos,
¡He aquí, el Príncipe de Gloria muere!
Él muere extendido sobre el madero,
Derramando un bálsamo soberano para ti.”*

II. Una segunda observación surge del texto. HAY PERÍODOS ESPECIALES EN LOS QUE SE MANIFIESTA DE MANERA ESPECIAL EL PODER DE SANAR. El versículo que estamos analizando dice que un cierto día el poder del Señor estaba con él para sanar, y por esto yo entiendo, no que Cristo no es siempre Dios, ni tampoco que algunas veces *era incapaz* de sanar, sino que entiendo que había ciertos momentos en los que Le agradaba manifestar Su divina energía para sanar en grado no acostumbrado. El mar nunca está vacío. Siempre está igual de lleno tanto en un momento como en otro, pero no siempre está a punto de desbordarse. El sol nunca está a media luz. Brilla con igual fuerza a todas horas, y sin embargo no siempre tenemos día, ni tampoco podemos bañarnos siempre en el calor del verano.

Cristo es la llenura misma, pero esa llenura no siempre se desborda. Él puede sanar, pero no siempre está ocupado en sanar. Hay momentos en los que el poder de salvar se manifiesta más de lo usual, tiempos de refresco, estaciones de avivamiento, días de visitación, días aceptables, días de salvación. Cualquier estudiante de la historia del mundo que la haya leído a la luz de la verdadera religión habrá observado que ha habido períodos especiales en los que el poder de Dios ha estado presente de manera especial para sanar a los hombres. Mi convicción solemne es que estamos viviendo en uno de esos períodos, que el momento presente es uno de esos momentos prefijados cuando el poder de Dios se manifiesta de manera especial.

Deduzco esto de muchas señales, incluyendo este texto que ayuda a mi convicción. Observen que en la ocasión mencionada en el texto había un gran deseo de la multitud de *oír* la Palabra. Al principio del capítulo leemos que se agolpaban sobre Él junto al lago. Más adelante los encontramos viniendo de todas las aldeas en grandes multitudes. Se hace una especial mención de maestros de la ley y de fariseos, los últimos en ser impresionados, pero que sin embargo, conmovidos por el entusiasmo general, se encontraban mezclándose con la muchedumbre. Se nos informa que el pueblo se aglomeraba alrededor de la casa de tal manera que el paralítico no podía ser metido a la casa, excepto bajándolo por el tejado en medio.

¡Cuando el poder de Dios se está moviendo hay un movimiento correlativo entre la gente! Querrán oír cuando el poder de Dios está con el predicador. Consideren como un signo de la Gracia Divina cuando las casas dedicadas al culto de adoración están llenas. Estén seguros que el Señor va a llenar las redes cuando los peces se junten alrededor de la lancha. No podemos esperar que el Evangelio sea bendecido para quienes no lo escuchan. Podemos esperar con toda legalidad y propiedad que sea una bendición para quienes tienen una intensa necesidad de escucharlo. En este momento veo un avivamiento religioso en medio de las masas de Londres, no tan grande como uno quisiera, pero sin embargo allí está y debemos estar agradecidos por eso.

No tendremos que aguantar por largo tiempo las tonterías del Puseyismo, la opinión pública nos ayudará a derrumbarlo. Ha tomado mucho tiempo para que nuestra nación se despierte, pero se despertará después de todo. Me parece que veo la marea del sentimiento popular yendo en la dirección correcta. Los hombres están ahora ocupados con pensamientos religiosos, y ya sea que piensen correcta o incorrectamente, hay un mayor interés por la verdad religiosa de lo que hubo antes. Y allí donde los ministros predicán con sencillez y con amor el Evangelio de Cristo, en ese momento siempre tienen oyentes. Este es un signo cierto de que el poder del Señor está presente para sanar.

Observen a continuación que el poder de sanar estaba claramente presente cuando Cristo estaba *enseñando*. Presten mucha atención a la hora favorecida, “Jesús estaba enseñando.” Jesús vinculaba la curación con la enseñanza. Así sucedía con la curación material, y con mayor razón con la curación *espiritual*, pues “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo.” Hermanos, ¿acaso no hay en medio de nuestros hermanos, que sean con certeza nuestros hermanos, más enseñanza de Cristo que antes? Estoy persuadido que la mayoría de mis hermanos predicán con mayor fidelidad que antes y en su totalidad la sencilla verdad de Cristo Jesús. La enseñanza está regresando a los púlpitos.

Ahora préstame mucha atención, querido lector, ya seas salvo o no, si tú estás presente en el lugar donde Cristo es predicado en su totalidad, donde es levantado, exaltado, proclamado, y recomendado a ti, entonces estás en un lugar donde Él también está presente para *sanar*. ¿Acaso no está escrito: “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo”? Una señal adicional del poder presente se encuentra muy claramente en la gente enferma que fue sanada por Jesús. Nosotros también sabemos que en este mismo templo no pasa un domingo sin que se conviertan algunas almas. Tenemos el testimonio de casos de cientos de personas a quienes Dios ha bendecido por medio de la historia de la Cruz presentada de manera sencilla. Esta es una prueba positiva que cuando se *enseña* el tema de Cristo, y las almas están siendo *bendecidas*, Él está presente de una manera admirable, para sanar.

Debemos notar otra cosa, es decir, que este tiempo particular mencionado en el texto fue precedido por una temporada especial de oración por parte del principal Actor. ¿Se dieron cuenta de eso? Él se retiró y oró, y entonces el poder del Señor estaba presente para sanarlos. ¿Es entonces así, que aún en relación con Cristo Mismo, el Señor y Dador de Vida, en quien habita la plenitud de la Deidad, y que poseía al Espíritu sin medida, sin embargo antes que ese Espíritu se manifieste públicamente en un alto grado debe haber un retiro especial para la oración ferviente? ¿Con cuánta sencillez esto nos dice que la Iglesia debe orar si quiere tener el poder de sanar! Y hermanos y hermanas míos, ¿nosotros hemos orado! ¿Ha habido tanta oración en esta congregación que no creo que alguien nos haya ganado, aún en los tiempos apostólicos!

¡El lunes pasado fue un día de lucha de tal naturaleza que la bendición no podía sino derramarse! ¡Casi he cesado de pedir más! ¡Espero en una anticipación gozosa la visitación del cielo! ¡No vengo ahora como un sembrador sino más bien como un cosechador! ¡Creo que la red ya tiene muchos peces y lo único que tenemos que hacer es arrastrarla a tierra! ¡Dios quiera que la red no se rompa a causa de la multitud de peces! Dios está con nosotros, y ciertamente está con nosotros hoy en este templo. Maravillas de la Gracia Divina están siendo realizadas: ¡mientras aún estamos hablando hay hombres que están siendo inclinados a mirar a Cristo! ¡Mientras Lo estamos poniendo en alto, ojos llenos de lágrimas están mirando hacia Él! En muchos corazones se puede escuchar el grito: “Me levantaré, iré a mi padre.”

Ahora, con todas estas señales que se juntan: un deseo de escuchar, un tiempo establecido de oración privada, la enseñanza de la Palabra, y la bendición manifiesta de almas bajo esa Palabra, entiendo que hemos llegado en este momento a ese estado descrito en el texto.

III. Pasando a un tercer pensamiento, observamos que CUANDO EL PODER DEL SEÑOR ESTÁ PRESENTE PARA SANAR, PUEDE NO SER VISTO EN TODOS, PERO PUEDE MOSTRARSE EN ALGUNOS CASOS ESPECIALES Y NO EN OTROS. Es una triste reflexión que algunos hombres pueden estar en la región del poder Divino sin sentir sus operaciones. He leído y releído este versículos muchas veces con un objetivo: hacer que el versículo quiera decir que los fariseos y los doctores de la ley estaban presentes y que el poder del Señor estaba presente para sanarlos *a ellos*.

Pero el texto no nos enseña eso. El poder del Señor no estaba presente para sanar a los doctores ni a los fariseos, puesto que ellos no fueron sanados. La palabra “ellos” concuerda con un sustantivo más distante, de acuerdo con el uso frecuente del Nuevo Testamento por el cual los pronombres no están orientados a referirse al sustantivo más cercano, sino a uno más remoto. El poder de Dios estaba presente para sanar a *los enfermos*; no para sanar a los doctores ni a los fariseos. ¡Sin embargo, cuán cerca estaba la salud de ellos, pues si hubieran conocido su enfermedad, y hubieran querido confesarla, había poder suficiente para curarlos a ellos!

Pero como ocurrieron las cosas, no encontramos que ninguno de ellos haya sido sanado. Ni un solo doctor de la ley, ni ningún fariseo sintió el poder que estaba pasando tan cerca de ellos que estaban sorprendidos y asustados y buscando escapatórias. Queridos lectores, esta misma triste observación puede ser aplicada a algunos de mis lectores ahora. Pueden ser miembros de una congregación que se encuentra siendo visitada por la Gracia Divina de Dios de manera admirable, pero a pesar de eso puede no haber poder presente que opere en sus corazones para sanarlos. Observarán que los que no recibieron esta Gracia no eran las *prostitutas*. A pesar de ser infames en su carácter, sintieron el poder del amor de Jesús y entraron en Su Reino. Vemos que este poder no faltaba entre los *publicanos*, pues vemos un ejemplo en el texto de uno que hizo una gran fiesta en su casa para Cristo.

¿Dónde entonces no había poder? ¿Dónde no era buscado y dónde no era sentido? Era, en primer lugar, entre la gente conocedora: los doctores de la ley. Estos maestros sabían demasiado para someterse a la enseñanza del Gran Maestro. Existe tal cosa como saber demasiado para saberlo todo, y ser demasiado sabio para ser cualquier cosa excepto un tonto. El conocimiento de los doctores era ese conocimiento que infla, no el conocimiento que viene de Dios. ¡Ah, querido lector, ten cuidado del conocimiento de la *cabeza* cuando no hay conocimiento del *corazón*! Ten cuidado de ser tan ortodoxo que te erijas como juez del predicador, y rehúses ser obediente a la Verdad de Dios.

Ten cuidado de decir: “Oh sí, sí, sí, sí, eso es aplicable para Fulano de Tal, y además está muy bien dicho.” No critiques, sino siente. Sería mejor para ti que no fueras más que un simple hombre que va con su arado, silbando una tonada mientras ara, que nunca hubiera escuchado estas cosas hasta hoy, y que ahora las ha escuchado y las ha recibido por primera vez en toda su novedad, y poder, y belleza. ¡Esto sería mucho mejor para ti que haberlas escuchado hasta que timbraran en tus oídos como la campana que has oído cada domingo, de cuya monotonía ya estás cansado! Ten cuidado que no vayas al infierno con una piedra de molino de sana doctrina atada a tu cuello, puesto que si vas a ser condenado, da lo mismo que perezcas conociendo la Verdad de Dios que no conociéndola!

No, si captan la fórmula y se adueñan del credo, y se imaginan ser maestros de otros, es aún más fácil perecer en *ese* estado que si vinieran a oír la Palabra sin haberla escuchado antes en su mensaje de alegría. ¡Estos eran los conocedores que no tenían poder para ser sanados! Más aún, esos que tenían una buena opinión de sí mismos no recibieron ninguna bendición. ¡Los fariseos! ¡No había nadie mejor, desde Dan hasta Beerseba, que los fariseos, si los evaluáramos según su propio testimonio!

Observen con el debido respeto su carácter público. ¿No eran eminentísimos? ¡Vean la amplitud de los bordes de sus vestiduras! ¡Cuán visibles eran sus filacterias! ¡Cuán diligentemente se lavaban las manos antes de comer! ¡Cuán escrupulosos eran acerca de colar los mosquitos del vino! ¡Cuán cuidadosos de entregar el diezmo de la menta, del eneldo y del comino! Sin embargo estas fueron las personas que no obtuvieron ninguna bendición de Jesús. Eran demasiado buenos para ser salvados. ¡Cuánta gente igual no hay! “Bien” dice uno, “sé que nunca le he robado a nadie. He educado respetablemente a mi familia y me he conducido con tal decoro que nadie puede encontrar alguna falla en mí.”

Correcto, y por lo tanto no tendrás a Cristo porque tú estás sano y no tienes necesidad de un médico. “Ah,” dice alguien por ahí, “con toda seguridad si cumplimos con nuestra obligación de la mejor manera que podamos estaremos bien.” ¡Si piensas así encontrarás que cuando has cumplido con tu deber de la mejor manera que puedes, no tendrás ni parte ni participación del Salvador ya que evidentemente, de acuerdo a tu propia demostración, no lo requieres! El Señor Jesús tomará tu propia demostración y dirá: “Nunca te conocí. ¿Cómo podría conocerte? Nunca estuviste enfermo. Nunca me necesitaste. Tú declaraste que estabas sano, y no te quisiste inclinar para aceptar la salvación que Yo, el Salvador, vine a traer.” Así te hablará Jesús pues ahora orgullosamente desprecias Su Gracia.

Una vez más, quienes no obtuvieron la bendición fueron no solamente los sabios y los buenos, sino también los indiferentes. Como podemos observar, no vinieron para recibir la predicación, sino para que Cristo sólo predicara *ante* ellos. Ese era el viejo estilo de los prefacios de sermones: “Un sermón predicado ante el honorable y admirable Señor Fulano de Tal.” Pero esa es la peor manera de predicar en cualquier lugar, predicar *ante* la gente. Predicarle al corazón de la gente es la única predicación digna de ser escuchada y digna de ser predicada. Pero no vinieron para que Cristo los operara, no eran sus pacientes, eran únicamente *visitantes* en los hospitales. Como visitantes iban alrededor de las camas y revisaban las recetas colocadas en las cabeceras de los enfermos y observaban cada caso.

Y cuando vino el médico y comenzó a ejercer su oficio en los enfermos, estaban parados allí observando su tratamiento, imaginando en todo momento que ellos mismos no estaban enfermos. Si hubieran estado en sus lechos de enfermos podrían haber sido sanados, pero sólo se interesaron de manera superficial en la curación, pues no vinieron para participar en ella. ¡Mucho cuidado, queridos lectores, no vayan a los lugares de adoración como simples espectadores! ¡No habrán espectadores en el cielo! ¡Ni tampoco habrán espectadores en el infierno! Mucho cuidado de no jugar a ser espectadores en la adoración de Dios aquí. Cada Verdad de Dios dicha por los siervos de Dios tiene mucho que ver contigo. Si es amenazante y estás en hiel de amargura, es tuya; ¡tiembla al oírla!

Si es la promesa de amor Divino, entonces si no eres partícipe de ella, debes de sentir temor, vergüenza y alarma y volar a Cristo para que puedas participar de ella. Quienes no obtienen ninguna bendición son los que suponen que no la necesitan particularmente, habiendo venido simplemente para ver y ser vistos, pero no para recibir la curación. Quienes no sintieron el poder sanador se burlaban y

dudaban. Más adelante en el mismo capítulo dijeron: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” Cuando un hombre no obtiene ningún bien del ministerio, es casi seguro que piensa que no hay ningún bien *en* el ministerio. Y cuando él mismo, agachándose a beber, no encuentra agua en el río, concluye que está seco, no se da cuenta que es su propia rodilla terca la que no se dobla o que su boca voluntariamente no se abre para recibir el Evangelio.

Pero si discuten, si hacen preguntas, si disputan, conocemos su raza. Entendemos a qué raza pertenecen, y sabemos lo que les dijo Jesús hace tiempo: “¡Serpientes! ¡Generación de víboras! ¿Cómo os escaparéis de la condenación del infierno?” Si alguien no escapará seguramente serán quienes solamente oyen el Evangelio para hacerlo el motivo de su sarcasmo y el objeto de su ridículo; que miran con desprecio a la Cruz misma con un Salvador agonizante sobre ella y enrollan su lengua contra su mejilla y hacen burla y sarcasmo de las agonías del Redentor del mundo.

¡Tengan mucho cuidado de no tener esas burlas en sus bocas aquí en la tierra, porque luego tendrán que digerirlas en el infierno! Tengan cuidado de que su burla no se vuelva contra ustedes en el Último Gran Día cuando las palabras de Salomón tendrán su cumplimiento: “Pero, por cuanto llamé, y os resististeis; extendí mis manos, y no hubo quien escuchara, yo también me reí en vuestra calamidad. Me burlaré cuando os llegue lo que teméis.” Había personas, entonces, para quienes el poder presente de sanar de Cristo no sirvió para nada y puede haber tales personas ahora. Amigo mío, ¿eres tú uno de ellos?

IV. En último lugar, quiero que los cristianos observen aquí que CUANDO EL PODER DE CRISTO ESTABA PRESENTE HACÍA FLUIR LA ENERGÍA DE QUIENES ERAN SUS AMIGOS PARA TRABAJAR MIENTRAS ESE PODER ERA MANIFIESTO. Mis queridos hermanos y hermanas, especialmente los miembros de esta iglesia; lo que tengo que decir está dirigido con toda sinceridad a ustedes.

Ustedes podrán percibir que tan pronto como se descubría que el poder de sanar, los corazones amantes deseaban traer a otros para que también pudieran experimentarlo. Cuatro personas tomaron cada esquina de la cama y trajeron a un paralítico que no podía venir por sí mismo. Lo bajaron por el *tejado* en medio con mucha incomodidad. Dios está bendiciendo a la Iglesia ahora. ¡Los cristianos, hombres y mujeres, se unen para orar por los amigos que no pueden o no quieren orar por sí mismos! Y si te encuentras con alguno que sufre de una profunda angustia, que paralizado por la desesperación no puede levantar el dedo de la fe, esfuérzate por traerlo para que oiga el Evangelio. ¡Traiganlos donde Cristo está haciendo milagros!

Si uno de ustedes no puede prevalecer para traer el caso ante el Señor, únense *dos* de ustedes. Si dos no bastan, que *cuatro* mezclen sus peticiones. Si cuatro no son suficientes, díganlo a la *Iglesia* y pidan la oración de todos. Pero esfuércense por traer pecadores moribundos donde Cristo está haciendo milagros espirituales. Si leen más adelante en este capítulo, comprenderán cómo se puede traer a algunas personas al Salvador que de otra manera nunca oirían acerca de Él. Leví hizo una gran fiesta, pues pensó: “Quisiera que Jesús viniera y predicara a los publicanos. Son muy grandes pecadores, igual que yo. Si yo lograra que al menos Lo escucharan, podrían ser convertidos.”

“Pero,” pensó él, “si les pregunto dirán que no pueden darse el lujo de perder un día de trabajo. No les interesa oír un sermón. Así que (dijo él) los voy a atraer de esta manera: los voy a invitar a mi casa a una fiesta. Entonces seguramente que vendrán, y después le pediré a Jesús que venga y coma con ellos, y

sé que Él no los va a dejar ir sin darles una buena palabra.” ¡Así que como verán, él usó las artes de los cazadores de pájaros cuando están ansiosos de tomar a su presa! De la misma manera, ¿no podrían ustedes estar alerta y preocupados con los que les rodean como Leví lo estaba? ¿No podrían invitar a los perdidos y a los que no guardan el domingo, a la casa de ustedes o de alguien más, y usar medios para traerlos bajo el sonido de la Palabra de Dios?

¿Qué acaso, si tienen unas pocas flores en su cuarto, cuando llueve en el verano, no las sacan para que reciban la lluvia? Ustedes ponen todas las macetas fuera en el jardín bajo la lluvia. Hagan lo mismo con sus amigos, con sus vecinos, con sus hijos, con sus parientes. Mientras cae la lluvia de la Gracia Divina, traten de ponerlos bajo su influencia. ¡Y si no vienen de una manera, traten otras maneras! ¡Solamente pónganlos donde el poder del Señor está presente, pues tal vez pueda mirarlos y ellos a su vez puedan mirarlo a Él para ser sanados!

Y oh, déjenme decirles para terminar, que si no se salvan tú no tendrás ninguna responsabilidad, de la misma que después de hoy yo no tengo ninguna responsabilidad. Les hemos proclamado a ustedes, muchas veces, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. Les hemos dicho que el Padre celestial está deseoso de recibir a los pecadores que vienen a Él. Que Él se goza en la misericordia. Que Él puede quitar completamente el pecado. Les hemos dicho que la sangre de Cristo puede limpiar al más sucio, que todo tipo de pecados y blasfemias les serán perdonados a los hombres. Les hemos urgido a salir volando veloces como palomas hacia las heridas de Jesús.

El poder del Espíritu de Dios ha llevado a muchos de ustedes a venir a Él, ¡y ustedes son salvos! Pero debemos lamentar que todavía hay una multitud de personas que no son salvos. Bueno, si ustedes perecen, no es porque Cristo no ha sido predicado en sus calles. Bajarán al infierno, algunos de ustedes, con la luz brillando en sus párpados, pero con sus ojos voluntariamente cerrados a ella. Ustedes van a perecer con la voz de la Misericordia sonando en sus oídos. Y en el infierno ustedes serán un terrible monumento a la justicia de Dios quien entonces les dirá: “Ustedes pecaron contra la luz y el conocimiento, contra el amor y la misericordia.”

Si perecieron los que despreciaron la ley de Moisés, cómo escaparán ustedes si descuidan tan grande salvación? Que el Espíritu Santo ahora, con poderosa energía, aplique la preciosa sangre de Jesús a cada uno de mis lectores, y a Dios sea la gloria por toda la eternidad. Amén—

*“Bendito Salvador, a Tus pies me arrojé,
Para recibir allí mi salvación o morir.
Pero la Gracia prohíbe ese pensamiento doloroso
Porque la Gracia poderosa triunfa aquí.
Tú sacarás el dardo envenenado,
Vendarás y sanarás el corazón herido.
Adorna mi cara con la salud recuperada
Y cambia en luz la lúgubre oscuridad.”*

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #720 – Volume 12
The Gospel's Healing Power